
Lápices
los días y las noches
Textos Daniel Badenes - Grabados Juan Bertola

Textos: Daniel Badenes
Grabados: Juan Luis Bertola
Diseño de interior: Gonzalo Ré

Badenes, Daniel
Lápices : Los días y las noches / Daniel Badenes ; ilustrado por Juan Bertola. - 1a ed. - La Plata : Ediciones del Liceo, Universidad Nacional de La Plata, 2010.
24 p. : il. ; 20 x15 cm.

ISBN 978-987-25732-0-1

1. Historia Política Argentina. 2. Represión. I. Bertola, Juan, ilus. II. Título
CDD 323

Fecha de catalogación: 05/03/2010







los días y las noches

Algunos adjudican el nombre a la inventiva de un comisario que participó de aquel operativo represivo: “La noche de los lápices”. Realizado centralmente el 16 de septiembre de 1976, tuvo como víctimas a un grupo de estudiantes secundarios. Tenían quince, dieciséis, a lo sumo dieciocho años, y vivieron una época de efervescencia política y movilización. Creían en principios de justicia social: con ese norte militaban en distintas organizaciones, y la pelea por la tarifa del transporte fue una reivindicación en su camino.

Argentina conoció muchas noches. En ellas el terrorismo de Estado quitó la vida y clausuró los sueños de miles de personas. Obreros de fábricas, empleados estatales, religiosos, universitarios, incluso niños. “La noche de los lápices” se convirtió en un emblema porque tuvo como víctimas a un grupo de jóvenes y se la asoció al reclamo del boleto secundario. Finalizada la dictadura, una película de circulación masiva cristalizó un relato efectivo de ese trágico acontecimiento, cuyo repudio anima a las nuevas generaciones a ocupar las calles todavía marcadas por el terror infundido. Muchos jóvenes, en épocas de devaluación de la política y desmovilización social, dieron sus primeros pasos militantes un 16 de septiembre.

En homenaje a sus víctimas se conmemora “la reafirmación de los derechos del estudiante secundario”. Desde 2006 la fecha se denomina “Día Nacional de la Juventud”. Cada aniversario, el operativo represivo desplegado bajo la luz de la luna vuelve a ser contado y repudiado. Se repiten los nombres de María Claudia, Francisco, Horacio, Daniel, Claudio, María Clara y Pablo. Ellos fueron las víctimas, aunque también hubo otras. Y fueron otras cosas antes de ser víctimas: forjaron sueños y ensayaron formas de hacerlos realidad. Se organizaron, tuvieron miedo, se animaron, dudaron y se volvieron a animar. Esa historia es la que queremos escribir con los lápices que siguen escribiendo. Una historia que no es pura noche y que no empieza -ni termina- el 16 de septiembre de 1976.

En Argentina, los últimos años ´60 y los primeros ´70 fueron agitados. El mundo y América Latina servían de referencia para una movilización social que tuvo características peculiares en un país donde la principal identidad política -el peronismo- estaba prohibida y cuyas "instituciones democráticas" eran una cáscara vacía, quebrada por sucesivos golpes militares y cada vez menos valorada entre la población. Desde una islita, la revolución cubana mostraba un camino al socialismo y la figura del "Che" Guevara generaba admiración. Tiempo más tarde, tras las elecciones ganadas por la Unidad Popular en 1970, Chile ensayaba su "vía pacífica" al socialismo. La Guerra de Vietnam sacudía a la sociedad norteamericana. Y aquí, la rebelión obrero-estudiantil de 1969 que se conoció como "el Cordobazo" -junto con otras: "el Rosariazo", "el Tucumazo"...- socavó el poder de los militares que en 1966 habían clausurado el gobierno del radical Arturo Illia, quien triunfó en comicios con el peronismo proscrito.

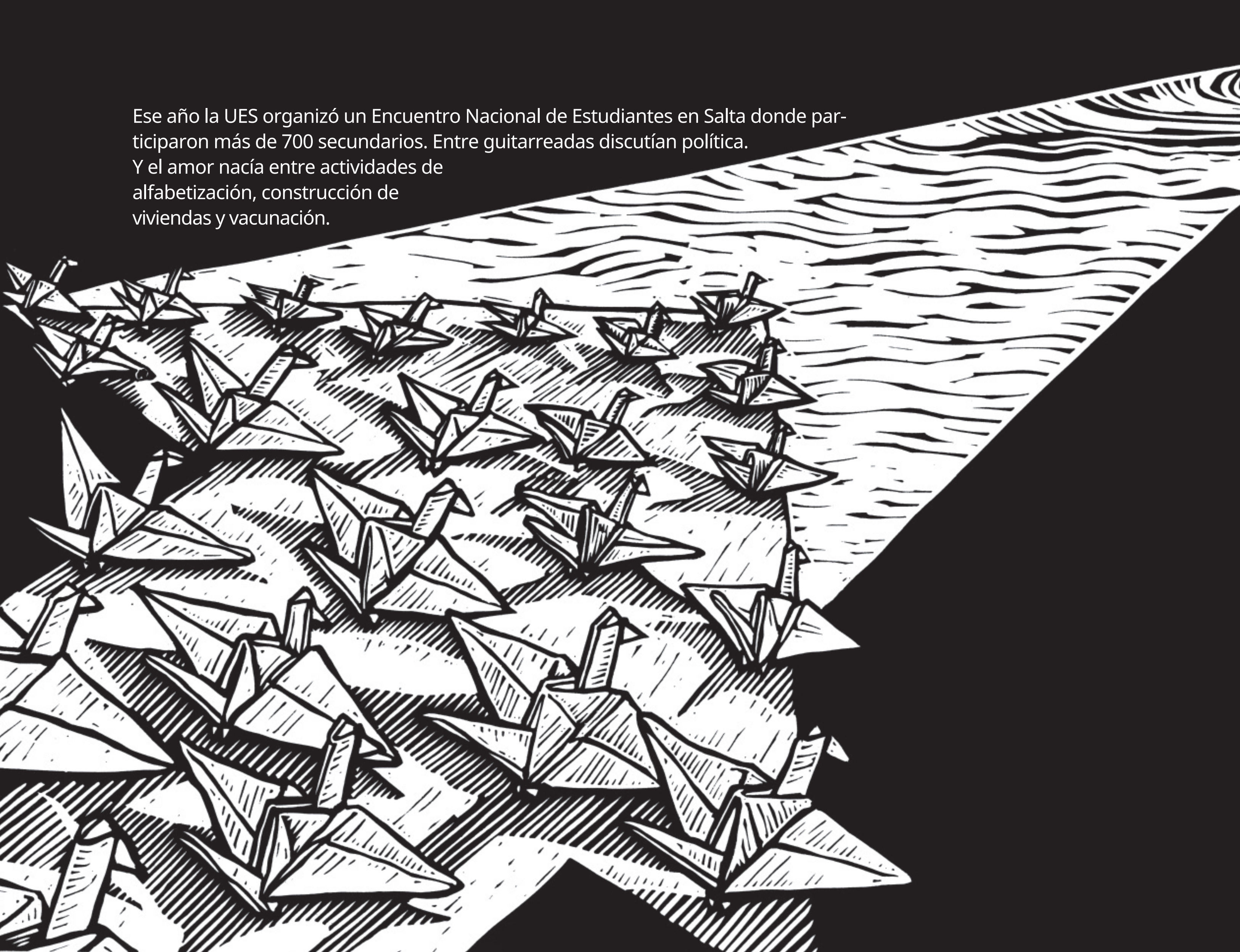
1973 fue primavera. La caída definitiva de esa dictadura y la victoria abrumadora del justicialismo en las elecciones acentuaron el activismo de los sectores populares. Los jóvenes cobraron protagonismo. Las distintas expresiones políticas que crecían en esa época -en la que las organizaciones armadas se extendían y captaban la simpatía de buena parte de la población- tuvieron fuerte participación juvenil.

Según una encuesta realizada a 252 estudiantes, publicada por el diario La Opinión en 1973, el 30,3% intervenía en la política de alguna forma, dentro y fuera de los colegios. Se citaban tres fuerzas como las más importantes: la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), la Federación Juvenil Comunista (FJC) y la Juventud Secundaria Peronista (JSP). La primera se constituyó recuperando el nombre del nucleamiento creado por Perón durante su segundo gobierno, pero en el nuevo contexto integró a los hijos de muchas familias antiperonistas, que desde la izquierda tomaron como referencia su figura -durante mucho tiempo prohibida– y empezaron a pintar en las calles: "Luche y vuelve".

De la vieja UES tenían el nombre y una identidad peronista. Pero el objetivo ya no era fomentar espacios recreativos y deportivos, sino ser partícipes de la transformación de un país "con los brazos en alto y dispuesto a que la balanza de la liberación o la dependencia se incline, en este siglo, por el bienestar y la justicia", como escribieron en la primera declaración. En La Plata se empezó a gestar en 1972, cuando se unieron el Movimiento de Acción Secundario (MAS), ligado al Frente de Agrupaciones Eva Perón (FAEP), y la Alianza de la Juventud Peronista, considerada más "ortodoxa". Juntando piezas dispersas por todo el país en una estructura nacional, la fundación de la UES se concretó en abril de 1973 en un acto multitudinario. Faltaba poco más de un mes para que Héctor Cámpora asumiera la presidencia de la Nación. Restaban exactamente dos meses para que la derecha partidaria tiñera de sangre el regreso de Perón en lo que se conoció como la "Masacre de Ezeiza".



“Yo empecé a militar el año que mataron a los 22 guerrilleros en Trelew y que volvió Perón. Nosotros éramos producto de ese proceso: militantes populares, no del boleto estudiantil. Queríamos hacer la revolución”, cuenta ahora Atilio Gustavo Calotti. En 1973 tenía 14 años y vivía con su familia en La Plata.



Ese año la UES organizó un Encuentro Nacional de Estudiantes en Salta donde participaron más de 700 secundarios. Entre guitarreadas discutían política. Y el amor nacía entre actividades de alfabetización, construcción de viviendas y vacunación.



Cuando las internas en el propio movimiento se acentuaron, la agrupación sostuvo su perfil combativo y quedó vinculada a Montoneros, prácticamente como su "brazo estudiantil". Cada organización política tenía uno. La FJC respondía al Partido Comunista Argentino, así como otra agrupación importante de esos años, la Juventud Guevarista, estaba ligada al Partido Revolucionario de los Trabajadores, que se inclinó por la lucha armada a través de su Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP). Montoneros, que era el grupo guerrillero más importante, definía a la UES como uno de sus "frentes de masas".

Otras agrupaciones de estudiantes secundarios del período fueron la Juventud Socialista (JS), la Juventud Radical Revolucionaria (JRR) y el Grupo de Estudiantes Socialistas Antiimperialistas (GESA). Todas se ubicaban claramente a la izquierda del espectro político y sostenían discursos emancipadores y revolucionarios, aún cuando algunas respondían a partidos de centro o socialdemócratas como la Unión Cívica Radical (UCR) o el Socialista.

La sensibilidad social y la decisión de cambiar el mundo se iba extendiendo entre chicos que escuchaban a Sui Géneris y Los Beatles, pero también -y quizá sobre todo- a Quilapayún y Daniel Viglietti. Mezclaban folklore con algo de rock nacional. Se formaron en historia y política con lo que tenían a mano, desde apuntes de Lenin hasta *La formación de la Conciencia Nacional* de Hernández Arregui. Vieron *Los compañeros* y *La batalla de Argel*. Se pasaban libros de poesía latinoamericana y con Gelman y Neruda llegaban más ganas de hacer una revolución.

Por eso, además de reclamar por sus derechos gremiales, los estudiantes organizados asumían un fuerte compromiso más allá de la escuela. Muchos iban a barrios marginales y villas miseria a hacer trabajo social, y participaban de las fuerzas políticas mayores. "Había vasos comunicantes, no nos quedábamos aislados como estudiantes secundarios", recuerda Calotti, que hasta 1975 perteneció a la UES e iba a trabajar a una Unidad Básica, es decir, a uno de los muchos centros barriales identificados con el justicialismo.

Las multitudes en la calle que signaron a la época tuvieron una fuerte presencia juvenil. Ya no era sólo la clase obrera, que había liderado la protesta durante la proscripción del peronismo: los sectores medios se habían radicalizado y agitaban banderas en una sociedad movilizada en la que todos los grupos postulaban como meta la superación de las injusticias sociales. Se hablaba con naturalidad de liberación nacional y se insultaba al imperialismo. Entre la incapacidad de los poderes constitucionales para encauzar los conflictos y la admiración por el ejemplo cubano, la toma de las armas fue vista por muchos como un camino factible y necesario hacia la revolución.

"Nosotros lo veíamos como una cosa necesaria, totalmente aceptada", relata Calotti en *Los irrecuperables*, un documental realizado por la Comisión Provincial por la Memoria: "Éramos grupos de periferia de grupos armados, y reivindicábamos la lucha armada como tal, como posibilidad real de toma de poder. Era claro: el poder nace del fusil... La discusión política se da,

pero en aquel momento decíamos que era necesario apelar a la violencia. Por eso sabíamos que, más tarde o más temprano, íbamos a participar de algún tipo de acción violenta. Aunque no fuese sólo con armas. Y que algún día podíamos a llegar a ser combatientes".

En los colegios crecía la participación y el activismo. Ni bien asumió Cámpora se logró la derogación de la ley que prohibía la agremiación estudiantil. Se multiplicaron los cuerpos de delegados, los centros y las coordinadoras intercolegiales. No eran *unos pocos*: las asambleas, las tomas de edificios y las pintadas eran cotidianas. A veces ponían en cuestión la organización interna: los secundarios rechazaron los uniformes, repudiaron docentes retrógrados y reclamaban participación en las decisiones. El pedido de un trato preferencial en el sistema de transporte también los movilizó. En 1975, ya muerto Perón y cuando el gobierno justicialista viraba cada vez más hacia la derecha, la lucha por el boleto secundario se instaló con fuerza en las calles, protagonizada por los mismos chicos que trabajaban en los barrios y se volcaban con decisión a la política.

María Estela Martínez, más conocida como Isabelita, fue la tercera esposa de Perón y lo acompañó en la fórmula que ganó las elecciones de septiembre de 1973, tras el breve gobierno de Cámpora. Cuando el líder murió, el 1º de julio del año siguiente, Isabelita quedó a cargo de la presidencia y se apoyó en el sector más duro de la derecha justicialista. Uno de sus referentes, Oscar Ivanissevich, asumió en agosto como ministro de Educación. Quien lo sucedió un año más tarde, Pedro José Arrighi, mantuvo la línea ideológica de la gestión.

En ese contexto se desarrolló la lucha por el boleto escolar secundario que movilizó gran cantidad de jóvenes en distintas ciudades, sobre todo en La Plata.

Al principio los centros más activos correspondían a los colegios dependientes de la Universidad. Gustavo Calotti, por ejemplo, iba al Nacional y en ese entonces militaba en la UES, junto a los desaparecidos Claudio de Acha y Rubén Scognamillo. Durante los días de Cámpora consiguieron un gobierno tripartito, la cesantía de profesores vinculados a la dictadura iniciada por Juan Carlos Onganía, y la eliminación del examen que restringía el ingreso a una élite platense.

En ese establecimiento también tenía peso la FJC, donde activaban Eduardo Pintado, Víctor Vicente Marcaciano y Pablo Pastrana, entre otros. Todos temían la posible delación de los preceptores, algunos de los cuales estaban identificados con la Concentración Nacionalista Universitaria (CNU), una agrupación de la ultraderecha peronista.

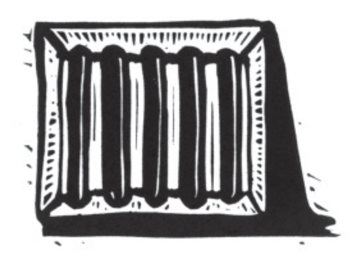
En Bellas Artes -que tiempo después tendría varias víctimas de la represión- tuvo cierta fuerza el GESA, además de la agrupación donde -entre otros- militaban María Claudia Falcone, Francisco López Muntaner y Emilce Moler.

María Claudia y "Panchito" trabajaban juntos en los barrios. Ambos venían de familias peronistas. El padre de ella había sido Intendente de La Plata y protagonizó el alzamiento del general Valle, durante la resistencia posterior al golpe de 1955. El de López Muntaner era



empleado de YPF: vivió las purgas de la "Revolución Libertadora" y el plan represivo de Frondizi. La primavera de 1973 lo encontró en Villa Elvira. El padre de Francisco se hizo cargo de la prensa de la Unidad Básica del barrio. Su hermano Luis César hizo lo propio en la JUP de Arquitectura.

Emilce Moler, en cambio, venía de un hogar antiperonista. Hija de un policía -"por suerte jubilado"-, había hecho la primaria en el Eucarístico, un colegio de monjas, y en 1972 entró a Bellas Artes. "En el 73 todos mis compañeros fueron a buscar a Perón. Yo era re gorila. Poco a poco fui cambiando y me di cuenta de que cualquier cambio en este país venía por el peronismo. Una anécdota es que yo estaba convencida de eso, pero nunca pude cantar la marcha peronista porque no la sabía. ¿Dónde la iba a aprender? Me daba muchísima vergüenza". Lo que no le generó dudas fue incursionar en la política, según contó en una entrevista con la revista La Pulseada: "¿Cómo no iba a militar?



Habría que haber vivido esos años para darse cuenta. Por supuesto que también estaban los que no se enganchaban, pero a la edad que yo tenía, y en Bellas Artes donde todo era libertad, participación y solidaridad, era imposible no militar. La revolución parecía estar ahí nomás. Latinoamérica estallaba por todos lados. Teníamos los modelos socialistas de Chile y Cuba. Yo podía no saber en qué partido, pero que iba a participar no tenía ninguna duda. Había todo un clima en el que estaba muy mal visto aquel que no se comprometía. Decirle a alguien ´sos un teórico´ era el peor insulto".

En ese tiempo, la movilización alcanzaba a muchos más colegios que los de la universidad: normales, escuelas técnicas, bachilleratos nocturnos, incluso privados católicos como el Virgen del Pilar y el Carmen de Tolosa, que tuvieron vínculos con la UES. Entre las instituciones con más activismo estaban el Normal Nº 3 y el Colegio España. Al primero asistían Horacio Úngaro –que por tendencia familiar estuvo en la Fede comunista, antes de sumarse a la UES– y Daniel Racero, ambos víctimas del episodio que se conoce como "La noche de los lápices". El segundo era más conocido como "La Legión", pues recibía a los expulsados de otros colegios de la ciudad por el desempeño escolar o por "problemas de conducta". Era el caso de Pablo Díaz, que tras un paso por la Alianza de la Juventud Peronista (luego UES) militaba en la Juventud Guevarista. Lo habían echado en el ´74 de uno privado y católico, el Estrada, por impulsar la creación del centro de estudiantes. Entonces dejó de estudiar para ser obrero, alegando que debía conocer a aquellos para quienes luchaba. No pudo aguantar el ritmo de un aserradero y se dedicó a vender diarios junto a "Patulo" Rave, hasta que la familia lo convenció de que volviera al colegio. Su padre era un historiador rosista que simpatizaba con el peronismo de derecha.

Todos esos referentes estudiantiles, nucleados en la Coordinadora de Estudiantes Secundarios (CES), se reunieron desde el invierno de 1975 para organizar el reclamo por la tarifa del transporte, en el que confluyeron distintas agrupaciones que fuera de las escuelas tenían su propia línea política. El hito de esa lucha fue la movilización del 5 de septiembre hacia el Ministerio de Obras Públicas. Participaron más de 3.000 jóvenes.

-Luchar, luchar, por el boleto popular –coreaban.

-Eso, eso, eso, boleto de un peso –El petitorio reclamaba ese costo y "tarifa plana", es decir, que no hubiera secciones. No llegaron a entregarlo: la marcha fue recibida con gases lacrimógenos y terminó a los piedrazos.

Sin embargo, tuvieron éxito: una semana después el municipio instituyó un precio estudiantil para las líneas locales a un costo de 2 pesos. La tarifa plana se estableció para todos los pasajes. Al día siguiente, el 13 de septiembre, se firmó un decreto en Obras Públicas de la Provincia que abarató el boleto secundario en La Plata, Berisso y Ensenada.

Pronto el triunfo quedaría empañado por la escalada de la represión paraestatal. El grupo de tareas clandestino -aunque conducido desde un ministerio– autodeno-

minado “Alianza Anticomunista Argentina” (Triple A) asolaba la ciudad junto con los militantes de la CNU.

La violencia estaba desatada hacía tiempo. Ya la noche del 25 de mayo de 1973, en las puertas del Penal de Villa Devoto, habían sido asesinados dos pibes de 17 años: Miguel Carlos Sfeir, militante de Vanguardia Comunista, y Oscar Horacio Lisak, de la UES. En la masacre de Ezeiza cayó Hugo Lanvers, un referente en escuelas técnicas. En agosto de 1974 la Triple A mató a otro dirigente de la UES,





Eduardo "El Roña" Bekerman. Lo velaron en el claustro central del Colegio Nacional de Buenos Aires. En los días posteriores, sus compañeros poblaron aulas y pasillos con un mensaje: "Por el Roña, un minuto de silencio y 365 días de lucha".

En La Plata, la madrugada del 8 de octubre de 1974 aparecieron acribillados Rodolfo Achem y Carlos Miguel, militantes de la Juventud Trabajadora Peronista que formaron parte de la gestión de la Universidad Nacional de La Plata durante el gobierno de Cámpora. En la "Nochebuena" de 1975 el movimiento de secundarios volvió a recibir un golpe en su propio seno: fue asesinado Ricardo Arturo "Patulo" Rave, que había sido un *alma mater* de la UES platense. Él, junto a Abel Luis Vigo y Alfredo Reboredo, estaban entre quienes lideraron la lucha por el boleto. Todos ellos fueron asesinados o desaparecidos tiempo más tarde.



A Rave lo mató la Triple A y lo colgó en un puente. Todavía no había llegado la dictadura pero la violencia surcaba el país y las bandas parapoliciales de derecha tenían vía libre.

Con una opción decidida por la militancia popular, muchos secundarios tuvieron miedo pero no bajaron los brazos. Siguieron haciendo trabajo en villas y participando de reuniones políticas. En abril de 1976 varios de los impulsores del reclamo por el boleto se citaron en el bar Don Julio. No sólo habían pasado las vacaciones de verano: el gobierno de Isabel había concluido con un golpe de Estado. En el reencuentro discutieron acciones para resistir a una dictadura que ya comenzaba a sentirse en las escuelas.

El autodenominado "Proceso de Reorganización Nacional" desplegó un plan represivo que apuntaba a las organizaciones guerrilleras pero también a otros grupos políticos, sociales, barriales y gremiales, y a cualquier expresión crítica en general. No se trataba de llevar "orden a las calles" sino de imponer un modelo socioeconómico excluyente que no hubiera sido posible de otro modo.

Uno de los primeros decretos del gobierno de facto instituyó la pena de muerte, pero nunca se aplicó: el terrorismo del Estado se desarrolló en la clandestinidad, sin jueces ni posibilidad de defensa. Llegaron a funcionar en el país alrededor de 500 campos de concentración. Eran centros de detenciones, torturas y asesinatos. El ocultamiento de los cuerpos

–enterrados en fosas comunes como NN o arrojados al río o al mar en "vuelos de la muerte"- originó la trágica figura del "desaparecido". Los organismos de derechos humanos estiman que hay 30.000 desaparecidos entre las víctimas de la dictadura, además de quienes sobrevivieron a los campos de concentración y las prisiones políticas, los exiliados externos e internos, y una sociedad entera quebrada por el miedo.

La juventud, que venía mostrando su rebeldía en las calles y en las instituciones, fue vista como un foco de subversión. Por eso la política autoritaria atendió especialmente a la educación: además del secuestro de estudiantes y trabajadores de distintos establecimientos, se expulsaron profesores, se controlaron los contenidos de las materias, se prohibieron autores y textos, se clausuraron los centros de estudiantes, se vigilaron las actividades de alumnos y docentes, se promovió la delación, se regularon la vestimenta y los comportamientos...

Las conquistas gremiales se perdieron poco a poco. Las trabas administrativas, la supresión de la tarifa plana y los sucesivos tarifazos desde junio, echaron por tierra el boleto estudiantil. En septiembre de 1976, la revista Cabildo, representante de un sector golpista de extrema derecha editorializó: "hasta el momento presente sólo hemos tocado la punta del iceberg en nuestra guerra (...) Es necesario destruir las fuentes que alimentan, forman y adoctrinan al delincuente subversivo, y esas fuentes están en las universidades y en las escuelas secundarias".

Ya en los primeros días de la dictadura los colegios con mayor activismo habían amanecido militarizados. Era común ver policías en los techos o tener que entregar los documentos en la entrada. Los activistas estudiantiles debieron reunirse clandestinamente, primero en plazas o bares; luego en casas y con bastante temor. Las manifestaciones callejeras fueron sustituidas por pintadas y actos relámpago.

Proyectaron una movilización para fines de agosto pero no pudieron concretarla. Desde entonces y hasta octubre el plan represivo, conducido en la Provincia de Buenos Aires por el general Ramón Camps, avanzó implacablemente sobre los militantes de los colegios secundarios.

El 1º de septiembre el vicerrector del Nacional citó a Pintado, Marcaciano, Pastrana y a un estudiante sin militancia, Cristian Krause. En la reunión fueron interrogados de manera intimidante por personas de civil. Al irse, a pocos metros de la institución, todos fueron secuestrados, salvo Pintado que logró escapar. A Pastrana, de 15 años, ya lo habían detenido y golpeado duramente en otra oportunidad, un mes antes. Era la primera advertencia.



Los próximos golpes abarcarían a otros colegios y tendencias políticas.

La jornada siguiente fue el turno de Graciela Beatriz Torrano, graduada del Bachillerato de Bellas Artes en 1975, año de la lucha por el boleto. Militó en el GESA, al igual que otros jóvenes secuestrados esos días, egresados del secundario antes del regreso de Perón: Alejandro Enrique Desio (Bellas Artes) y José Abel Fuks (Nacional). Los tres permanecen desaparecidos. A comienzos de septiembre también sufrieron secuestros Fernanda María Gutiérrez (Liceo Víctor Mercante, egresada en el año ´75), Luis Andrés Cáceres (Escuela Técnica) y Carlos Mercante (Colegio del Pilar).

El día 8 capturaron a Gustavo Calotti, del Nacional, que en 1975 había participado de la Coordinadora de Estudiantes Secundarios. Al momento de su secuestro estaba vinculado al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Por la mañana cursaba y por la tarde trabajaba como cadete en la Tesorería de la Policía bonaerense. En la Jefatura ubicada en la calle 2 entre 51 y 53 lo "detuvo" el comisario Luis "el Lobo" Vides.

El 10 fue secuestrado Víctor Triviño, estudiante de La Legión y militante de la Juventud Guevarista, quien permanece desaparecido.

La avanzada represiva de septiembre se vivía en todo el país. El 14, en la localidad de Martínez, fue secuestrado Cristián "el Gringo" Caretti, quien como estudiante del Colegio Nicolás Avellaneda fue fundador y referente nacional de la UES. Tal es así que en enero de 1974



viajó como representante a Panamá para entrevistarse con el general Omar Torrijos, visto con buenos ojos por su combate a la política imperialista norteamericana. En 1976 tenía 22 años y ya era un cuadro importante de la organización Montoneros en la Zona Norte del Gran Buenos Aires.

El mismo día de su secuestro, en La Plata, el médico veterinario y teniente coronel Guillermo Gilberto Gallo asumía como rector de la Universidad Nacional. "Nuestra meta, tal como la explicaba el Acta fijando el propósito y los objetivos básicos para el Proceso de Reorganización Nacional el 24 de Marzo de 1976 era, entre otras, erradicar la subversión", evoca la *Memoria 1976-1982* de la institución, firmada por Gallo. En el Bachillerato de Bellas Artes de la UNLP se desempeñaba como regente su esposa: Susana Fitipaldi Garay, apodada *la Gallina*, de quien se presume que entregó a las fuerzas represivas datos de buena parte de las víctimas del siguiente operativo: las primeras horas del 16 de septiembre, bautizadas como "La noche de los lápices".

A las 0.30 fue el turno de María Clara Ciocchini (ex alumna de la Escuela Normal Superior de Bahía Blanca) y de María Claudia Falcone (Bellas Artes). Estaban refugiadas en la casa de la abuela de los Falcone. Dos horas más tarde las fuerzas represivas secuestraron a Claudio de Acha (Colegio Nacional). A las 4.40 *chuparon* a Horacio Úngaro y Daniel Racero (Escuela Normal Nº 3). A las 5 se llevaron a Francisco López Muntaner (Bellas Artes). Todos provenían de la UES. A la madrugada siguiente el accionar represivo siguió con otras dos estudiantes de Bellas Artes: Emilce Moler, también de la UES, y Patricia Miranda, que no tenía mili-

tancia y ni siquiera había participado de las marchas por el boleto. Ambas sobrevivieron al calvario, aunque Patricia nunca declaró ante la justicia y guardó su historia para la intimidad. "No tenía ninguna relación con la militancia política y le faltaron muchos elementos para comprender lo que le estaba pasando", dice Emilce Moler, respetando el silencio de su compañera: "Tuvo una historia de vida muy dura porque se le murió la mamá estando ella presa. Nunca la dejaron salir a verla y tenía sólo 17 años", recordó hace unos años, entrevistada por La Pulseada. En su casa irrumpió una patota con hombres fuertemente armados buscando a una estudiante de Bellas Artes. Por su cuerpo bajito Emilce parecía menor de 17 y no la querían llevar. "Se iban a llevar también a mi hermana mayor; finalmente, como no había lugar en el auto, a ella la dejaron. Era un plan deliberado pero también jugaba mucho el azar".

El destino fue el Pozo de Arana, uno de los centros clandestinos del tenebroso "Circuito Camps". Allí se encontraron todos: Triviño y Calotti, que se conocían de la primaria, Graciela Torrano y todos los secuestrados la noche "de los lápices". Allí pasó su cumpleaños Claudio de Acha: el 21 de septiembre. Era el día de la primavera y del estudiante. Fue el día que secuestraron a Pablo Díaz, militante guevarista y ex UES.

Para todos, Arana inició un derrotero por varios campos de concentración. Algunos de ellos sobrevivieron y el resto están desaparecidos. Todos pasaron frío y escucharon gritos aterradores. Sufrieron torturas físicas y psicológicas. Compartieron el cautiverio con otras víctimas del terrorismo de Estado, entre las que hubo varias mujeres embarazadas. Pudieron soportarlo con solidaridad entre ellos y rebeldías mínimas que les oxigenaban las ganas de vivir.

El 23 los cargaron en camiones, maniatados y encapuchados. La mayoría fue al Pozo de Banfield. Moler, Calotti, Miranda y Triviño fueron a parar a otro Pozo, el de Quilmes. Triviño desapareció un tiempo más tarde. Del primer grupo sólo sobrevivió Pablo Díaz. Se cree que los demás fueron asesinados en los primeros días de 1977.

El siguiente lugar de cautiverio de Moler y Calotti, entre varios por los que pasaron, fue la Comisaría 3ª de Valentín Alsina. Allí se encontraron con Nilda Eloy, que había participado de la CES y estudiaba para ser instrumentadora quirúrgica. La secuestraron el 1º de octubre. La represión a los jóvenes militantes continuaba.

Durante meses los familiares de todos los buscaron sin éxito. En juzgados, despachos oficiales e iglesias sólo encontraron negativas o silencios cómplices. Los sobrevivientes recién consiguieron su libertad entre 1978 y 1980, tras un tiempo como presos en cárceles "legales", aunque eran menores y no había causas. Siguieron sus vidas como pudieron.



"Pasaron muchos años para que la sociedad nos reivindicara. En aquellos momentos éramos la lepra. A mi familia más de uno le retiró el saludo", recuerda Emilce Moler, que se mudó con sus padres a Mar del Plata ni bien obtuvo una libertad vigilada. "Empecé a rendir libre las materias de quinto año. En La Plata me declararon alumna libre por ´faltas´. Mis padres lograron con gran esfuerzo que me dieran los papeles de cuarto año para que pudiera rendir quinto libre. Tuve que decir que había tenido hepatitis. Para ese entonces ya tenía 19. Me sentía viejísima. Mucho más tarde me di cuenta de la atrocidad que viví en plena adolescencia. Me iban a buscar a determinados lugares, venían a mi casa a vigilarme, controlaban con quién estaba y no podía reunirme con muchas personas a la vez. Pero venía de tal horror que eso no me molestaba. Pensaba que a mí, dentro de todo, no me había pasado nada".

Pablo Díaz no había terminado tercer año. Con el ingreso a los colegios estatales vedado, se anotó en los cursos nocturnos de un bachillerato especializado, en una escuela religiosa de Don Bosco. Lo hicieron empezar desde primer año. Sumó diez años como estudiante secundario. Así esperó la retirada de los militares para buscar justicia.

Pocos supieron de "la noche de los lápices" como tal mientras duró la dictadura. El reconocimiento del operativo represivo –que tiende a asociarse al 16 de septiembre, señalando seis víctimas fatales– fue público a partir del juicio a los ex comandantes de las Juntas Militares, realizado en 1985. Allí testimonió Pablo, el único sobreviviente de los secundarios llevados al Pozo de Banfield. En poco tiempo se convertiría en uno de los casos de represión más conocidos dentro y fuera del país.

En septiembre de 1986 se estrenó la película *La Noche de los Lápices*, dirigida por Héctor Olivera y basada en el libro que los periodistas María Seoane y Héctor Ruiz Núñez habían publicado meses antes. Como señala Sandra Raggio, que estudia la produc-





ción y la circulación de relatos sobre aquel episodio, ambos tuvieron "altísima recepción, el libro fue editado más de diez veces y el filme sigue siendo visto por un extenso público aún a más de veinte años de su estreno. Su visionado en las escuelas es una suerte de ritual reiterado". Cuando se difundió por primera vez en TV abierta, el 26 de septiembre de 1988, la película alcanzó 49,7 puntos de rating: uno de los picos más altos de la televisión nacional, junto con las imágenes de la llegada del hombre a la luna y la final de un Mundial.

A todo eso se sumó la actividad de Pablo Díaz, que empezó a ser señalado como el único sobreviviente, entrevistado en distintos medios e invitado a colegios de todas partes. Él mismo contabiliza unos 3.000 actos donde narró la lucha por el boleto y su cautiverio. Y reconoce que dejaba el compromiso político en segundo plano porque "la sociedad tenía que comprender que, aunque hubiese militado, tenía derechos". La adhesión a organizaciones armadas quedaba en un cono de silencio.

Según Raggio, la selección de este caso se explica por el contexto en el que se produjeron el libro, la película y el propio testimonio de Díaz. La prioridad era condenar a los perpetradores de crímenes horrendos y todavía pesaba sobre las víctimas el estigma del *algo habrá hecho*. En ese sentido, los relatos sobre el secuestro de secundarios compitieron "con otras narrativas disponibles en ese momento: la ´teoría de la guerra´ sostenida por los militares y la ´teoría de los dos demonios´ del gobierno radical (...) La primera exculpaba de la comisión de delitos a los ejecutores de la represión en tanto en cumplimiento de su deber libraban una justa batalla ´contra la subversión´. La segunda responsabilizaba a los jefes de ambos bandos, militares y guerrilleros, de la violencia desatada". En los primeros años posteriores a la dictadura los sobrevivientes de los campos silenciaban y guardaban para sí el relato de su militancia previa, pues cabía la posibilidad de que los jueces los procesaran por una *actividad terrorista*.



“Yo recuerdo que cuando trabajamos en el guión de la película había un marcado miedo de que la gente nos viera culpables por haber militado en una organización política, algo que hoy es parte de la normalidad democrática”, evocó Díaz en 2001, entrevistado por Página/12. En efecto, el producto representó la figura de adolescentes desarmados, casi a-políticos: verdaderos “perejiles” que luchaban por el boleto sin conciencia del peligro. Como explicación histórica era poco verosímil pero socialmente fue bastante aceptada.

Esos chicos no podían ser un *demonio* ni el objetivo de una *guerra justa*. La forma que adoptó el relato de “la noche de los lápices” fue efectiva para rebatir aquellos planteos, pero a medias: lo hacía presentando “víctimas inocentes”, en lugar de confrontar con argumentos. Quedaba pendiente la discusión de fondo: aún si hubieran sido militantes armados, sus cautiverios, las torturas y los asesinatos son aberrantes y deben ser juzgados como delitos de lesa humanidad.

En los últimos tiempos se han hecho públicas voces que reivindican la militancia política de aquellos estudiantes secundarios. “No creo que a mí me detuvieran por el boleto secundario, en esas marchas yo estaba en la última fila. Esa lucha fue en el año ‘75 y, además, no secuestraron a los miles de estudiantes que participaron en ella. Detuvieron a un grupo que militaba en una agrupación política. Todos los chicos que están desaparecidos pertenecían a la UES, es decir que había un proyecto político, con escasa edad, pero proyecto político al fin”, dijo Emilce Moler hace más de diez años.

En 2001 el hermano de María Claudia Falcone publicó su libro *Memorial de guerralarga*, donde plasma una versión alternativa no sólo sobre la militancia sino también sobre su captura junto a María Clara Ciocchini, quien había llegado a La Plata a fines del `75 escapando de las bandas paramilitares bahienses. Eran tan concientes del peligro que el 16 de septiembre ambas venían de buscar un lugar alternativo donde dormir que no consiguieron. Y según Jorge Falcone -que en los ´80 asesoró a los realizadores de la película- los secuestradores de Claudia y María Clara encontraron armas que tenían escondidas en el depósito del inodoro.



Poco a poco los relatos fueron diciendo más. Como al despertar después de las peores pesadillas: primero la sensación de la noche pasada atormenta, abruma y entristece; recién después es posible recordar los sueños que hubo antes. Así de ardua fue la tarea de "sembrar la memoria", como dice el título de una poesía visual que realizó durante la dictadura el artista platense mundialmente reconocido Edgardo Vigo, quien sufrió la desaparición de su hijo, uno de los activistas estudiantiles de aquella época en Bellas Artes. "Palomo" fue secuestrado el 30 de julio de 1976, cuando la cacería de los militantes de la UES recién empezaba. La larguísima noche de los lápices duró años y se extendió sobre muchas geografías. A mediados de diciembre, por ejemplo, en la misma Bahía Blanca de la que había huido María Clara, secuestraron a una docena de estudiantes de la Escuela Técnica Nº 1. Sufrieron torturas en el campo conocido como "La Escuelita" y luego fueron liberados.

Pero La Plata vivió la represión más que ninguna. Quedó diezmada. Ciudad universitaria rodeada por cordones obreros, carga con la triste estadística de la "tasa de desapariciones" más alta del país. Es común escuchar que no hubo manzana que no conociera la represión. Fue también, por eso, cuna de los organismos de derechos humanos.

El reclamo de justicia fue un faro que iluminó para volver a organizarse. La siembra de la memoria, una suerte de amanecer. Terminada la dictadura, en otro clima político, los secundarios volvieron a juntarse. Bajo la plena luz del día. A veces tímidamente y con muchos temores heredados, reaparecieron los centros de estudiantes. Las "federaciones", "coordinadoras" o espacios "intercolegiales" se montaron y desmontaron en varias ocasiones. Más de una vez, la excusa para volver a reunirse fue la proximidad de septiembre y la necesidad de organizar "la marcha de la noche de los lápices", adoptada como un mandato por el movimiento estudiantil secundario. En algunos períodos la actividad disminuyó, en sintonía con la desmovilización de buena parte de la sociedad y su rechazo a la política. En los ´90, con escasos referentes y nula experiencia política, muchos estudiantes rechazaron los ajustes presupuestarios a la educación y acompañaron a los organismos de derechos humanos en sus reclamos de verdad y justicia. Con ellos, las marchas se llenaron de ritmo y de color: las murgas y la fiesta se hicieron parte de la lucha.

Con dudas y todavía sin la masividad de la militancia de los ´70, van superando el miedo y vuelven a manifestarse. Lo hacen aún mientras oyen decir que son una juventud perdida, aturdida por la televisión. En el centro ponen sus propias reivindicaciones: mejoras edilicias, becas y, una vez más, el boleto estudiantil. La memoria sigue siendo un faro, por eso septiembre es el mes con mayor movilización. Pero hay algo más que esa luz del pasado; hay algo más allá del faro. Empiezan a animarse a la política.

Es de día otra vez.







Daniel Badenes

Estudió en el Liceo y participó activamente de su centro de estudiantes entre 1997 y 2000. Se formó en comunicación, historia y ciencias sociales. Es periodista, editor y docente-investigador. Forma parte de la revista La Pulseada y de la radio comunitaria Futura en la ciudad de La Plata. Trabaja en la Universidad Nacional de Quilmes.

EMAIL: danibadenes@gmail.com

Juan Luis Bertola

Nació en el ´73. Se graduó en el Bachillerato artístico de la UNLP. Quiso continuar en carrera con las “Bellas Artes”, pero para la academia sus artes no embellecían. Se perfeccionó en grabado y dibujo con Osvaldo Jalil. Participó en concursos y muestras, recibió algunos premios. Hizo murales, escenografías y objetos. Ilustró libros y revistas argentinas y extranjeras. Enseña. Tiene su taller en La Plata, donde vive y trabaja.

EMAIL: jlbertola@gmail.com / **BLOG:** juanbertola.blogspot.com



